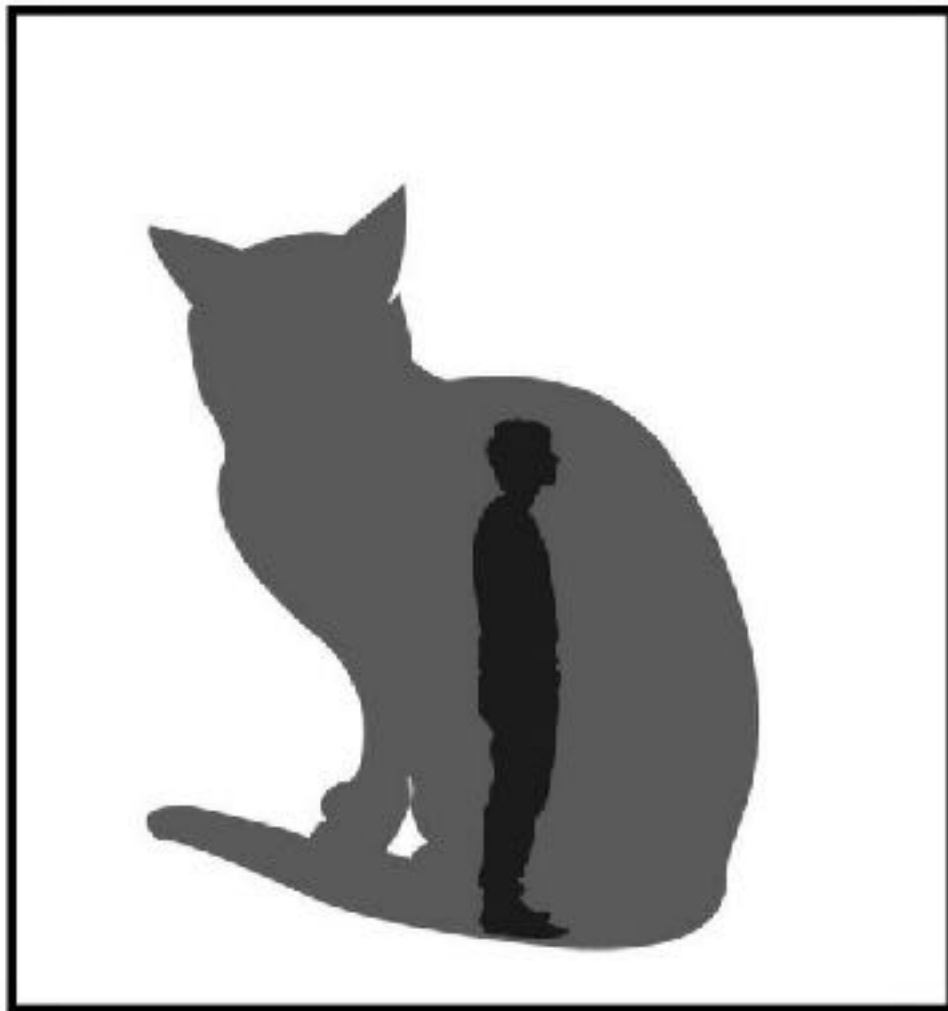


EL MÉDIUM Y EL GATO



JIM J. BARRIOS

El gato y el médium

Jim J. Barrios

I

Del llano, de esa vida en el campo a rechazo de la sofisticación y apenas lento en aceptar ideas un tanto rasgadas por la superstición a lo que el mundo respecta. A esas planicies extendidas como un manto de seda en la tierra que se pinta de incandescencia en tardes de crepúsculo con una iluminación extraordinaria que marchitaría cual flor en el invierno, la belleza de Narciso, y le insultaría en severa humillación que le habría provocado prematura muerte al nacer; le dejaría cegado por el espectro solar adormecido en las pampas por la serenidad que de introducción la Luna lanza ante su dominio. Ni hablar del cantar de alcaravanes frenéticos que gargantean los tonos de una melodía que antecede la caída de Diana, la diosa lunar. Los suelos fértiles de exquisito mineral y con el impregnar a bosta cálida que mantenía su temperatura en cortos espacios de la carretera, como la respiración seccionada de un asmático a mitad de un ataque. El escenario de focos naturales con ambientación enverdecida sobre suelos flojos de rocas pulidas donde cantaban negros grillos metalizados con el resplandor tenebroso de nuestra madre Luna; el fiel satélite que atestiguaba las cosas más innominables que en su imperio bullían cual sopa al fogón veraneante. En aquella ciudad que despertaba la imagen de barrotes herrumbrosos en cuanto la escuchabas, había un encanto en el vapor callejero, un misterio. No, no uno, sino cientos de enigmas que le habían prestado una casi permanente estadía en las columnas de los diarios regionales y nacionales; también era una mina de morbosidad para los escritores de horror, pues de ella cosechaban perfectos cuentos que fascinaban a los jóvenes de todo el país. Si escuchabas que alguien, que algún desgraciado iba a aquellos parajes, solo podías compadecerle con una impulsiva e indiscreta expresión de terror que deformaba tus fauces y casi te hacía salir los ojos de sus cuencas, pues nadie sensato y que amara la vida en las calles, era tan estúpido como para arrastrarse hasta aquella ciudad aún si hacinados en ella estuvieran sus parientes.

Todos los espíritus heterogéneos que pernoctaban en la Capital eran migajas de un enorme pan que comían los titanes deformes salidos de todas las mitologías inusitadas en las que hombres o dioses de gran valentía, se enfrentaban a estas bestias de tamaño colosal. Pero íbamos directo a ese pan descomunal y homogéneo del que se desprendían concatenaciones pandémicas de las que ningún aparato purificador del aire podría salvarte de infestarte de esta enfermedad inexpresable que adquiriría infinidad de formas y males para

atacar al débil hombre; y era yo lo más vulnerable existente que conocía a lo que este implacable virus podía contagiar y matar en un chascar de dedos. Todo se resumía a un solo sitio del que noticias presentes eran lo mismo que desde la fundación del pueblo hace doscientos setenta y siete años en un primero de febrero; la diferencia es que desde la germinación a la actualidad, las leyendas se conocían al resto del país tal cual como habían sido desarrolladas y con la locomoción horrible del tiempo transfiguraron a ser la identidad de Calabozo, pero también con el ropaje de la ciencia y la razonabilidad que se estableció en los oficiales, adquirieron estas peculiares escenas colores apenas solidos desechando a duras penas, casi en vano, lo abstracto que horrorizaba a la gente, por lo que todo tenía una <<explicación aceptable>> al resto de los Estados del país. Sin embargo, estos investigadores locales sin una preparación de calidad –que también estuvieron indispuestos a compartir los acontecimientos de la ciudad –, como bien yo sabía, dejaban un sin número de pistas ocultas por lo imposible que era dar un sentido con ellas a los casos que eran más una escena hollywoodense. Lo que quería expresar, era que ya en pleno charco de porquería histórica sobre cuentos de bestias, fantasmas, mutaciones y demás comitiva de folclore particular desde que era una villa; Calabozo, tenía una identidad única que la enajenaba del resto del llano venezolano. Su huella tenía características históricas de rareza marcada, que ni los profesionales capitalinos en recopilar esta información para sus estudios, eran tan temerarios como para meter sus narices en la ciudad y juntar información que al mundo pudiera interesar o reafirmar sus tenebrosos misterios. No debo olvidar en mencionar que la mayoría de los pocos avanzados expertos que se creyeron intocables por no dar crédito a las habladurías, jamás regresaron a sus hogares o conocieron morgue alguna, porque hoy en día no se les ha vuelto a ver ni han ido a por ellos rescatadores de la capital, ya que vano fue el esfuerzo de la policía local en hallarlos. Afortunados, o protegidos por alguna magnificencia de amuleto que traían entre sus objetos, se consideraron los investigadores que con una mano podían contarse; no obstante, el producto final de las muestras que recogieron del lugar, ya sea testigos, encuestas, muestras de suelo, del agua, de las plantas, etc., no se les conoció conclusión alguna hasta los presentes días. De igual forma, se decía que lo que sea que habían llevado consigo, los mantendría ocupados mucho tiempo antes de dar concretas respuestas.

II

Me dirigía en la camioneta de la policía por una recta bordeada de oscuro monte mortecino nacido de la muerte que había visto fallecer a cientos de personas desde que aquel lugar, Calabozo, había sido fundado en tierras

llanas que se mancharon de sangre india en el silencio bajo los árboles. Me deslizaba por la carretera nacional llena de baches y huecos, persistentes en no recibir atención para seguir causando molestias. Fue posible tener una vía decente cuando los presos recubrieron el pedregal asfaltándolo bajo el Sol hirviente, pero de alguna manera infernal incrementaron las muertes exactamente por la zona en la que pasábamos, justo por el temido hato <<Las Maravillas>>, y es que la imprudencia de los conductores se veía cegada a la sensación de sentir la velocidad y el excitar del alma. Pero no todo era atribuible a la suma de procesos lógicos e iniciales que daban la muerte en un choque; no amigos. Había un cierto encanto que se colaba como el agua por los agujeros de un techo afectado por la meteorización misma y causaba repentinas fallas a los automóviles que pasaban por el hato; un sinfín de automóviles perdía el control, en su mayoría en las noches, otros pasaban sin ver a los que estaban accidentados y los bamboleaban estrepitosamente. Los que sobrevivían, alegaban convencidos de que no habían visto nada o el volante simplemente giró manipulado por una fuerza que se sentía en sus pechos. Las peores eran las que ocurría en masa, en esos autobuses en los que viajaban decenas de pobres gentes. Aun cuando me cubría los ojos para no ver sus almas en pena andar sin miembros por la calle y buscando en el monte sus restos, los veía en la oscuridad de mis párpados. De todas las edades y colores llenaban el asfalto y seguramente si fueran sus cuerpos desmembrados arte de la materia de la que una vez fueron, el policía Peña pegaría un grito al cielo y soltaría el volante para marcarse una cruz en el cuerpo y nos haría chocar para entonces formar parte de la peregrinación nocturna y eterna de los infortunados viajeros que jamás llegaron a sus destinos. Podía bajarme a ayudarlos, a ver en imágenes electrizantes sus últimos momentos de vida y después lo que les ataba al mundo para resolver sus asuntos y guiarlos al otro plano. Pero la misión en la que obligado me había arrastrado el jefe Rodríguez estaba en el seno de la ciudad. Mientras tanto, víctima del torpe descontrol de mis capacidades extrasensoriales, tenía que observar el horror en la carretera sintiendo aquel frío sobrenatural que despedían los fallecidos.

– Peña, le aconsejo que maneje con cuidado y reduzca la velocidad. Tiene más ánimas en pena esta carretera que el mismo cementerio del purgatorio al que vamos. Y no está bendecido este auto como para que el encanto no se apodere de este vehículo – decía sin despejar mi vista a más allá del parabrisas hasta donde los faros de la patrulla alcanzaban.

– Volteándose desde su asiento y con cierto temor que yo podía leer, jefe Rodríguez preguntó – ¿Qué hay por la carretera? ¿Hay bastantes muertos, verdad?

– Tantos que no caben en un estadio –satisfecha su pregunta, se volvió deseando no haberla hecho.

Yo estaba tranquilo en mi casa, salía de la ducha y despojaba de mi cuerpo el cansancio de esa tarde en la que victoriosamente habíamos resultado un caso de asesinato, específicamente un crimen pasional. Debería decir, yo resolví el caso. Pero tocaron entonces a mi puerta con aquella falta de educación y paciencia que en toallas y resbalándome sobre la cerámica casi me doy de frente con la estatuilla del fauno en la mesita del pasillo. – ¡No puede ser verdad! ¡Esto es una condena, un castigo, una tortura! – dije sintiendo mareos y embestidas de desmayos que agarré mi cabeza como si estuviera a punto de explotar. Hice pasar al jefe y a Peña de mala gana, y honestamente, si hubiese sabido sus intenciones de llevarme a quizás el lugar con más totemismos del mundo, hubiera preferido enterrarles mi cuchillo de cocina y envolviéndolos en bolsas de basura los abandonaría en el río Guáire. Como de costumbre, me rogó el jefe, un hombre moreno de imponente figura con calvicie y un apego a la ley y al bien del prójimo que lo hacía ver como un ángel, ir a Calabozo, Estado Guárico a resolver el caso de una masacre. Cuando le pregunté por los detalles, no habló, y eso era lo peor, pero en tanta insistencia me hicieron salir solo con un poco de ropa en un bolso negro.

Mientras salíamos de mi amada Capital, la que me había adoptado desde muy pequeño; recordaba al papá de mi mamá, y conocía el por qué este rebobinar al pasado, ya que relacionado estaba, tanto él, como yo, que habíamos nacido en aquel pueblo olvidado por la actualidad entre los matorrales, las bestias del campo, sus aguas, su calor y su gente presa del azote de su misterio. Y en el rumbo liso a tierras del seno criollo, lo único en lo que mi mente fluctuaba o convulsionaba por el temor a los encantos de su suelo mágico, era en las columnas de prensa; era en todas esas muertes y desapariciones inexplicables que el mismo pueblo no era capaz de contener, pese a sus esfuerzos, cuando un reportero de la capital iba a encarar el asunto – si es que llegaban a sobrevivir y a no morir de inusual manera –. Llevaba colgando en mi cuello un cristo de madera con cuentas de jade que había comprado en una tienda de suvenires, a lo mejor, si se había olvidado él de mí, yo llevaba en vano su ligero e insignificante peso.

Cuando pasamos por la represa, más allá de las vallas que nombraban al terrible pueblo de pesadillas <<La villa de Todos los Santos de Calabozo>> me dio tremendo escalofrío que atravesó hasta mis huesos y el jefe, que iba en el asiento del copiloto notó mi estremecimiento y sabía perfectamente más que

nadie, que había atrapado una sensación que me producían las cosas, personas o lugares que habían sido tocadas por una maldad que no era concebida en la tierra, sino que directamente de las llamas rojas del infierno eran disparadas para adquirir formas nunca antes vistas; cosas monstruosas que ni la más retorcida y corrompida mente humana era capaz de vislumbrar en los espacios que en paralelo yerguen al cielo dando asilo a las temibles bestias. Cuando volteaba a mi derecha era espectador de las miles de almas que seguían ahogándose en las aguas revueltas. Chapoteaban y pedían socorro, y aquellos autos que se embarcaron al agua por el manejo imprudente o desperfecto en los engranajes, continuaban en la otra vida cayendo indefinidamente como si jamás hubiese acontecido la desgracia. Lo fatal de este sitio que cobraba un potente aspecto tétrico de los mil demonios en la noche, eran las energías que emitían los espacios profanados por formas de vida ajenas al mundo humano y de los muertos, también todo lo que de ahí provenía; esto me daba un terrible pavor que no podía denominar con una fiel descripción. Solo pudiera decir que esto te atrapaba en pesadillas y amenazas, porque seguían en la oscuridad aguardando silenciosamente por turnos en los que hacer estragos a la ciudad, cuya denominación adquiría apenas esta etiqueta por su cantidad de habitantes, mas por su fachada, seguían en el casco central las decenas de casas coloniales que se negaban al olvido y la destrucción, e igualmente derruidos muchos inmuebles. Las calles eran mares de soledad, lienzo de sombras de árboles tristes, de luces opacas como deseando expirar rápido de la desolación y los males que merodeaban de aquí allá con pestilencia, como ratas de basura en basura. El universo conocería a las plagas que azotaron y que siguen en aquella ciudad. Tendría vista de esas cosas que se alborotaron con mayor profusión en 1950, donde empezaron a gestarse de manera concurrida más que clandestina.

Bajamos en la policía, ubicada frente a la Plaza Bolívar. Eran poco más de las once y la Luna llena en débil amarillo hacía de farol a aquellas calles poco anchas improvisadas de luces artificiales. Antes de ingresar con el resto, encendí un cigarrillo que fumé impasiblemente mientras escuchaba provenir de la otra calle una algarabía que eran más quejidos acompañados de otras voces firmes y estridentes. Sin duda eran ciertos los rumores, había en cada paso un misterio con pasados de dolor letal. Perturbado por el estado físico, los olores a sudor y ruegos de los presos de la cárcel que ahora era una escuela, fumé casi sin disfrute de mi vicio dando manotazos mentales a las visiones recopiladas que llovían encima de mí sin tregua. Ya sin indulgencia entré al departamento de policía como gusano a su cueva al que perseguía una bandada de urracas.

No había que decir que venía de la Capital para que de lleno mi apariencia anteciedera como carta de presentación al origen de mi persona. Algunos oficiales me escrutaban indiscretamente, y adivinaba que era por mi edad y lo que seguramente habían dicho a los cuatro vientos el jefe y Peña de mi habilidad para ver cosas que cualquiera era incapaz como un topo de mirar. No podía leer mentes, pero aquellos cuchicheos que de poca importancia comentaban entre todo los policías me intimidaron un poco, por lo que me acerqué al jefe y le dije que estaba que salía huyendo de aquel lugar de cabezas herméticas. El jefe me palmeó el hombro y respondió que hiciera lo que mejor sabía hacer. Sí, realmente no quería sentir un peso molesto de remordimiento por hacer aquello que hacía para desplazar la incomodidad de mi ser. Así que prácticamente había pedido autorización de lucirme como si de un Dorian Grey se tratara. Escogí a mi víctima, era una mujer que reía a carcajadas por la ropa negra que traía conmigo, que había dicho, escuché, venía de un velorio.

– Tú hija –apunté su pecho con mi índice adquiriendo un tono de voz seguro en conjunto con una actitud arrogante y grosera –, Dayana, cayó a en un pozo que estaba en el patio de tu casa, jugaba en el borde con sus muñecas, pero fuiste a la cocina por un poco de agua. Escuchaste el chasquido de su caída. Murió antes de que tocara el agua golpeando su pequeña cabeza con una roca gibosa a metro y medio de la superficie del agua. Lamento tu pérdida –la mujer se fue del sitio y jamás volví a verla.

Mi personalidad un tanto insensible la debía al inicio de mi don. Estaba jugando fútbol en una cancha con mis amigos. Tenía siete años y mis padres estaban metido muy en lo suyo como para cuidar de mí, así que libremente me manejaba por doquier. Aquella mañana la pelota rebotó hasta detenerse en medio de la calle, y yo, el valiente Ramón, fue en busca de ella. Recuerdo el auto venir directo hacia mí con el sonido de su motor viejo. La bocina había sonado muy tarde. Luego vino la oscuridad y una presión combinada con un mal olor y paré a aquel lugar que no puedo mencionar de buenas a primeras. Cuando desperté, mis ojos chocaban con un azul suave y olor a hospital. Mi respiración caliente pegaba en mis labios y el vapor los humedecía; quité el manto que me cubría y escuché chillidos espeluznantes de las enfermeras. Una se desmayó y la otra salió corriendo y me dejó solo. Recuerdo tener mucha hambre y sed, también una falta de energía en mi cuerpo al igual que una extraña sensación de haber estado en otro lugar y haber vuelto, o como si mi cuerpo se hubiera bipartido y luego en arrepentimiento, unificado nuevamente.

El muchacho divertido y afable se había marchitado como flor sedienta en trópico verano. Me pasaba los días solos y en estados de trance que me dopaban y me hacían permanecer quieto como muerto en el sitio en el que me arrebatasen. Mi vista divisaba cosas que incansablemente describía a mis padres, pero ellos en falta de tiempo, paciencia y comprensión me dejaron en manos de psicólogos, al que solo a uno le di crédito por haberse salido de sus líneas y ética profesional para comunicarme que personalmente creía en aquello que está en otros planos. Así que dicho aquello, busqué en libros las respuestas que desde hace mucho debí haber obtenido. Y fue así como sepulté la infancia que debía haber vivido, e insensible y frío como los muertos me volví. Yo seguía vivo, pero en mi mente vagaba con los difuntos. Una tarde, un asesinato ocurrió cerca de la casa donde vivía, el jefe Rodríguez estaba allí y como yo necesitaba un empleo, comenté cómo había ocurrido todo mientras comía una barra de chocolate al lado de Manuel Rodríguez. Esto llevó a una secuencia incómoda para él y para mí porque me sometieron a investigación, y a él porque no creía en estas cosas hasta que me escuchó esa tarde repetir lo que la víctima me decía en la oreja derecha. Desde entonces he participado secretamente con la policía bajo el mando del jefe y también bajo su sombra.

El hermano de Rodríguez era el jefe de la jurisdicción en Calabozo y ya conociéndome por historias de su hermano, solicitó mi ayuda por lo difícil que era el caso. Sonreí hipócritamente cuando conocí al hombre menor que su hermano, tenía un aire de seguridad indestructible que me molestaba. Lo mejor fue cuando la anhelada despedida que deseaba un invitado perturbado, llegó luego de una hora de cháchara innecesaria que antecedió la entrega de fotografías de la escena del crimen que revisaríamos en el cuarto del hotel Atenea a unas cuadras del departamento de policía. Hotel, cuento, al que me opuse casi implorando otra estada, ya que de la lista de grandes títulos de historias paranormales de Calabozo, aquel estaba entre los primeros pavoneándose con sus paredes opacas y manchas de <<óxido ligado con la vieja pintura>> con la que había sido cubierta en sus inicios. Para mí era sangre, tal como lo decía la leyenda, y no iba muy lejos mi imaginación para dar con los puntos de partida, que no era otra cosa que los cuerpos de los desaparecidos en sus instalaciones.

El edificio no excedía los seis pisos, su color de base era un blanco ostra bajo sanguíneas manchas que perdían su tono rojo en el centro, con un negro humedecido en ellas como si fueran un corazón de petróleo del que se escurrían líneas palpitantes de negro y rojo –escuché a Peña, regar una explicación lógica sobre desagüe para no asustarse y ofrecer confirmación a

las historias que seguro había escuchado del hotel – ; te producían el más desagradable de los retorcionones de estómago que ningún laxante era capaz de causar. Me creaban un nudo en la garganta en el que sentía el sabor horrible de la bilis en aviso de expulsar vomito. Me daba la muy fuerte ilusión de que estas manchas se estrujaban en los muros y chascaban como succionando la vitalidad del edificio ¡¿Y cómo poder machacar de mi fantasía mórbida, el no protegerme con mi bolso cada vez que cruzábamos una de estas manchas por los pasillos, creyendo que me escupirían en la cara un cuajado de sangre igual al hígado?! Evitada a toda costa poner un dedo en esas paredes y abrir un túnel al pretérito de ultratumba del edificio y al origen de sus manchas pegajosas y viscosas. No quería ver su historia y conocer algo de lo que debería comentar a mis compañeros, que luego posiblemente querrían que colaborara en el caso de las desapariciones del hotel Atenea. Este feo paisaje hacía juego con las calles impresas de un desierto de soledad y una abundante suciedad. Uno que otro puesto de hamburguesas servía de centro para los hambrientos a tardes horas, pero más solos que llenos estaban en la serenidad.

Ingresamos en una habitación compartida de camas individuales; las paredes de salmón bien decían para mí, no tenían presupuesto para nuevos colores y recurrieron a los galones de pintura del año pasado, o bien, el dueño era de gustos insípidos, lo que no era para menos con la reputación e impresión de su propiedad. Corrí las cortinas de la habitación con los párpados cerrados para no mirar y suscitara más horror en mí aquel sitio descuidado; sobre una de las camas echaron las fotos del crimen a las que reaccioné solo por la cantidad de sangre y luego de unos segundos por el reconocimiento de las partes arrancadas de los cuerpos. Comprendí la razón de mi adventicio a horas inadecuadas para trasladarnos al nido donde convergían todos los males peculiares, y podría competir con el mismo homologo infierno llamado Shakgil del que jamás se me ocurriría volver a no ser que del fin del mundo dependiera; cualquier mundano que excitado deseara remover la perversión que uno guarda celosamente en vergüenza, tendría solo que lanzar un ojo a la baraja descompuestas de fotografías donde el tinte predominante como el agua en el cuerpo, era la sangre dejada en las paredes como una secuencia de cenefas entrecortadas por apenas pequeños espacios de tapiz. Los pedazos de cuerpos esparcidos por toda la casa tenían agujeros que variaban de cinco a seis centímetros de diámetros y que con brutal fuerza traspasaban la masa y te hacía tomar de referencia que habían sido metidos en una máquina perforadora. El jefe y Peña estaban estupefactos y me echaban de cuando en cuando, una mirada de rabillo al ver que me mantenía impassible alejándome de la sorpresa del horror de la casa Hidalgo donde ni el perro se había salvado.

Mi don abarcaba una gama de ramas que desconocía ya que las diversas formas en las que veía cosas, se manifestaban en ciertos momentos en que desconocía lo que los activaba; solo controlaba un par, y la más típica era tocar algún objeto y trasladarme al momento de lo sucedido. Era algo similar a que la tierra cambiara su campo gravitacional por encima de mi cabeza sintiendo un cosquilleo en el estómago y la nuca antes de despegar mis pies del suelo y caer de golpe desde la punta de las torres gemelas –de las cuales vi en sueños los ataques terroristas una semana antes de ocurrir, hace dos semanas del 11 de septiembre– a la calle. Preparado y conteniendo la respiración al ver los pozos de sangre, cerré los ojos y llevé delicadamente la yema de mis dedos a la superficie de una instantánea como si fuera a deslizarlos por el cuello fino y sedoso de una doncella que esperase la mordida de un ruin vampiro que la sentara en el corcel de la muerte. Una técnica para lograr un poco de concentración era sentir que era un átomo de oxígeno que viajaba con el resto de las partículas que componían lo que llamábamos <<aire>>; me mecían en el tráfico ilusorio repetidas veces, cual chocar de olas con las peñas de una ladera. Pero esta vez no hubo una chispa del fuego sabio de mi sexto sentido. Y era la primera vez que reconocía el defecto de un poder efímero y etéreo como la aurora boreal en noche glacial. El cansancio de la tarde y el viaje posiblemente habían sido limitantes factores que forcejearon estólidamente sellando mi don para que en descanso del sueño se desprendiera el letargo y en la penumbra los demonios que desde sus escondrijos se arrastraban para acercarse a los que en brazos de Morfeo yacían, les clavasen los monumentales colmillos apretados y los trituraran para engullir mientras sobre el vientre derramaban en su dimensión, restos de colores viscosos y brillantes hasta mancharnos la cabeza y untarnos de pesadillas; en mi caso, estas eran proféticas y espantosas.

El jefe entendió que estaba embadurnado de cansancio por el viaje y que no podía hacer nada en esa noche. Sin embargo, ellos no descansarían por el momento y se marcharon para ayudar con las piezas del rompecabezas, tan literal como unir las partes amputadas a su tronco, o lo poco unido que había de estos. Me dormí tan rápido toqué la suavidad de la cama, pero desperté poco después asustándome por un estampido que provino de la recámara. Levantándome del miedo y rastreando en el silencio por una pista de lo que lo había ocasionado, volteé por un nuevo estrepito a mi derecha –este endemoniado y vil edificio tiene vida, me va a comer, seguro lo hará. Dios te salve María, llena eres de gracia... – empecé a recitar con el cristo de madera en mi puño derecho poco antes de que otro golpe seco invadiera la habitación. Era en la ventana, y me cuestioné sobre el nombre del demonio al que

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

